

LEÓN TOLSTOI Y SU PENSAMIENTO POLÍTICO: UNA INTERPRETACIÓN DE « LA MUERTE DE IVÁN ILICH »

Eduardo Dargent

*If politics are considered antithetical to poetry, philosophy is thought to be even more so, for poetry deals, it is said, with passions and sentiments, whereas philosophy bases itself on reason. The poet is the inspired creator, whereas the philosopher understands only what is. To this, again, it can only be responded that much of modern philosophy certainly seems to take no account of poetry, but it is not so clear that this is necessarily the case or that the poet cannot also be a thinker. (Allan Bloom en *Political Philosophy and Poetry*)¹*

Las relaciones que se establecen entre la literatura y la política implican siempre tanto una manifestación de la unidad del ser humano como un conocimiento esencial para entender la primera por medio de la segunda.

En el presente artículo, el autor toma las perspectiva política de León Tolstoi para interpretar el dilema reflejado en uno de sus cuentos: "La muerte de Iván Illich". Señala que a través del pensamiento político de su autor puede llegar a comprenderse de manera clara el mensaje de la obra. Indica que el conflicto entre la cultura, como representante de la sociedad en que se vive, y la naturaleza intrínseca del ser humano es difícilmente conciliable, demandando mucho más esfuerzo del que a primera vista parece.

INTRODUCCIÓN

En el presente ensayo intento interpretar el cuento «La Muerte de Iván Illich» de León Tolstoi desde la perspectiva de su pensamiento político. Para ello, presentaré algunas ideas generales de la forma en que se asemejan y diferencian el trabajo del filósofo político y el autor literario. Luego pretendo describir el pensamiento político de León Tolstoi y, finalmente, analizaré el cuento mencionado resaltando las ideas allí contenidas de este autor sobre lo que debe ser una buena vida.

¹ Entendemos «política» como el espacio público de relación del ser humano, su espacio social. Hacemos esta salvedad pues actualmente se tiende a separar las nociones de Estado y sociedad, vinculando la «política» a la primera de ellas (partidos, representantes, cargos de gobierno) y no con su concepción clásica donde esta distinción no existía. Asimismo, interpretamos la palabra *Poetry* (poesía) de Bloom como creación literaria y no como su traducción literal podría dar a entender, vinculándola únicamente a la poesía.

POLÍTICA Y LITERATURA: BERLIN Y SU APROXIMACIÓN A TOLSTOI

En la década del 50 se inicia un debate profundo sobre la naturaleza de la teoría política, en esencia, sobre la posibilidad de definir el estudio de la política como una ciencia positiva y empírica. Según la creencia de los «científicos políticos» el descubrimiento de normas inmutables que gobiernan el actuar político permitiría determinar qué conductas se darían en determinadas situaciones al conocer los datos relevantes. En el futuro se podría, entonces, someter la política a un control racional, dada la previsibilidad de toda conducta. Para lograr este objetivo la nueva ciencia debía separarse de la filosofía política, por considerarla una búsqueda propia de un historiador, y acercarse a los terrenos de la ciencia natural. La filosofía política tradicional, se dijo, distrae al científico político de su fin último: la comprensión cabal de la acción política basada en conceptos racionales que permitan deducirla. Esta pretensión encontró sustento en las críticas a la filosofía hechas por autores de la llamada corriente del Pensamiento Positivista Británico, la cual consideraba inútiles a los enunciados que no fueran empíricamente verificables. Podemos deducir, entonces, dónde quedarían conceptos claves de la filosofía política clásica como «poder», «libertad», «igualdad», «orden» o «autoridad». Se llegó a decir que la filosofía política estaba muerta al no tener los juicios de ética o valor, propios de su estudio, ningún significado real.

Frente a estas posturas surgen autores que demuestran lo irreal de esta pretensión y el fracaso al que un intento como éste siempre conducirá. Creemos que la esencia de este fracaso es el pretender convertir en científico lo que no lo es. La esencia de lo político está en los motivos y razones del hombre para actuar, es decir, en sus juicios de valor y toma de opciones respecto a la forma de gobernarse, su postura frente a su sociedad. Estos juicios de valor no son asimilables a conceptos científicos en tanto no son deducibles ni inducibles. Por ello, pretender determinar lo humano según reglas de conducta verificables y siempre ciertas es un sinsentido ya que la realidad humana es, en esencia, cambiante. En esta imposibilidad de volver estático lo que no lo es, en preguntas que se repiten en la historia como «¿Por qué debe alguien tener autoridad sobre mí?», «¿Qué tipo de gobierno es el mejor?» «¿Qué legiti-

midad deben tener quienes nos gobiernan?», radica la esencia de lo político. Las preguntas son las mismas; los hombres, sus devenires, sus estructuras económicas, sus pasiones, sus respuestas, son otras. Uno de los párrafos más bellos escritos sobre esta búsqueda del filósofo político lo hace Jenofonte en sus Memorabilia al describir la actividad de su maestro Sócrates:

«... siempre estaba conversando acerca de las cosas humanas, investigando lo que es piadoso, lo que es impío, lo que es noble, lo que es innoble, lo que es justo, lo que es injusto, lo que es moderación, lo que es locura, lo que es valor, lo que es cobardía, lo que es un Estado, lo que es un estadista, lo que es el gobierno de los seres humanos, lo que es un buen gobernante de los seres humanos, y acerca de las otras cosas sobre las que consideraba que quienes las conocían eran nobles y buenos, y quienes las ignoraban podían ser llamados, con justicia, esclavos.»²

Entre los autores que sostuvieron este debate contra los cientificistas está Sir Isaiah Berlin (Riga 1909-Londres 1997) para quien el objeto de la filosofía política es, justamente, analizar los fines de la vida humana, los juicios morales y conceptos valorativos que están implícitos en toda sociedad. Este autor pensaba que las creencias sobre cómo debían vivir los individuos eran objeto de la ética y, al ser aplicadas a naciones, grupos humanos o a toda la humanidad, serían justamente filosofía política. Por ello él se consideraba un historiador de las ideas, y su obra se centra en esta búsqueda e interpretación de las formas de pensamiento político en la historia.

En muchos de sus ensayos Berlin parte del pensamiento individual para analizar cómo esas ideas impactaron en todo un grupo social. No es de extrañar, entonces, que haya tomado como objeto de estudio no sólo a pensadores políticos sino también a escritores que nos presentan en sus obras dilemas y pasiones de los seres humanos de su tiempo y de ellos mismos habiendo estudiado especialmente a los escritores rusos. Al describir esas pasiones, en tanto humanas, lo que hacían estos escritores era tocar las mismas grandes preguntas que interesan al filósofo político. Entre los escritores estudiados por Berlin está León Tolstoi.

¿Qué diferencia al autor literario del pensador o filósofo político si frecuentemente ambos se plan-

² JENOFONTE, Memorabilia, I, 1.16. Citado por BRUEL, Christopher en el ensayo correspondiente a este autor en el libro «Historia de la Filosofía Política» de Leo Strauss y Joseph Cropsey, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 1996. Este libro, como su título lo indica, se sitúa también en la polémica contra la pretensión de la Ciencia Política. Fue publicado por primera vez en 1963 y está dirigido a los estudiantes de Ciencia Política «quienes no creen que la ciencia política es científica como son la química y la física».

tean las mismas preguntas? Creemos que la distinción se encuentra en la forma en que expresan sus creencias sobre lo humano. El pensador político está en la obligación, o tiene como pretensión, entregar un modelo coherente y racional. Ya sea un autor que crea que es una fuerza externa la que guía los destinos del hombre (Dios o las estructuras económicas, por ejemplo) u otro que tenga la firme creencia en la libertad del individuo como motor de la historia, siempre atribuirán significados a determinados conceptos como «libertad», «progreso», «legitimidad», que les permitirán construir un modelo de respuesta a las preguntas planteadas. Este modelo deberá resistir críticas que demuestren que no deforma o acomoda la realidad a sí mismo y, en este proceso, podrá ser refutado total o parcialmente. A diferencia de las ciencias exactas, las teorías políticas no son dejadas nunca de lado. Sería iluso, por ejemplo, decir que ya no leemos a Marx porque muchos de sus juicios sobre la economía se han probado falsos. De la capacidad del autor para definir lo humano, de su genio, quedarán siempre conceptos válidos para las generaciones que lo sigan. Ejemplo de ello puede ser la noción de «contrato social» de Locke: pueden haber sido criticados sus presupuestos, pero en la genialidad de su elaboración está su validez posterior y relevancia en determinados problemas actuales. Por ello dirá Berlin³:

«Sólo aquéllos que puedan recrear, hasta cierto punto, en sí mismos, los estados mentales de los hombres a quienes atormentaron las preguntas de las que estas teorías pretenden ser las respuestas, o al menos los estados mentales de quienes podrán aceptar las soluciones acriticamente pero que sin ellas caerían en un estado de inseguridad y angustia; sólo ellos son capaces de captar cuál es el papel que las concepciones filosóficas, y especialmente las doctrinas políticas han desempeñado en la historia, al menos de occidente.»

El autor literario tiene también esta capacidad de captar los dilemas humanos e introducirlos en su obra. Pero tiene una licencia enorme negada al

pensador político: en su obra, en su pequeño universo, sus personajes podrán representar estas preguntas sin pretender otorgarles respuestas claras; es más, sufriendo, actuando y siendo derrotados por ellas. Pienso que el gran autor es aquél que logra transmitir al lector estas grandes preguntas sobre la existencia que lo atormentan a él o a los hombres de su tiempo. Aquél que tiene la inteligencia y sensibilidad de hacernos creer sus propias respuestas y dudas frente a lo que nos plantea en su relato dejará en su obra algo que va más allá de sí mismo: nos permitirá reconocernos en lo que describe. Para ello los personajes de la obra juegan un papel esencial pues serán sus contradicciones y respuestas frente a las situaciones planteadas lo que logrará que meditemos sobre nuestras propias concepciones de lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto.

«The poet's task is a double one, to understand the things he wishes to represent and to understand the audience to which he speaks. He must know about the truly permanent human problems; otherwise his work will be slightly and passing. There must be parallelism between what he speaks of and the most vital concerns of his audience; without that, his works will be mere tributes to the virtuosity of his techniques.(...)What distinguishes a good poet from a bad one is whether he has seen things as they are and learned to distinguish the superficial from the profound. In particular, poetry imitates man, and this means - according to the classical tradition which I am elaborating - his virtues and vices. A man is most what he is as a result of what he does; a man is known, not simply by his existence, but by the character of his actions - liberal or greedy, courageous or cowardly, frank or sly, moderate or profligate. Since these qualities produce happiness or misery, they are of enduring interest for human beings. Hence they are the specific subject matter of poetry.»

Lo que Bloom nos quiere decir es que el autor narrará las acciones de sus personajes y mostrará cómo éstas determinarán su felicidad o tristeza. El centro ya no serán los conceptos detrás de estas acciones sino las acciones mismas. El tipo de vida, las opciones que toma, sus angustias, sus certidum-

³ BERLIN, Isaiah. «¿Existe aún la Teoría Política?» En: «Isaiah Berlin, Antología de Ensayos». Ed. Espasa Calpe. Madrid, 1995, p. 144.

⁴ BLOOM, Allan. «*Political Philosophy and Poetry.*» En: «*About Giants and Dwarfs: Essays 1960-1990*» p. 58-59. Ed. Simon and Schuster, New York 1991. No hemos encontrado traducción al español del libro por lo que intentamos la siguiente: «La labor del poeta es doble -entender las cosas que quiere representar y entender la audiencia a la que se dirige-. Debe saber sobre los verdaderos y permanentes problemas humanos; de otra manera su obra será ligera y pasajera. Tendrá que existir un paralelismo entre su obra y los intereses más vitales de su audiencia; sin ello sus obras serán meros tributos a la virtuosidad de su técnica. (...) Lo que distingue un buen poeta de uno malo es si ha visto las cosas como son y ha aprendido a distinguir lo superficial de lo profundo. Particularmente la poesía imita al hombre, y esto significa -de acuerdo a la tradición Clásica que estoy elaborando- sus virtudes y sus vicios. Un hombre es lo que es como resultado de sus acciones; un hombre se conoce no simplemente por su existencia, sino por el carácter de sus acciones -liberal o egoísta, valiente o cobarde, franco o falso, moderado o licencioso. Ya que estas cualidades producen miseria o felicidad, son de vital interés para los seres humanos. Por ello son el tema específico de la poesía.»

bres, todo aquello que rodea al personaje será lo que el lector tomará en cuenta para determinar si la obra va más allá de lo personal para entrar a un campo político. Si se ha leído a Ernesto Sábato, por ejemplo, tanto su obra literaria como sus ensayos sobre la historia de las ideas, uno puede entender su angustia al pensar que podría morir antes de terminar su novela «Sobre Héroes y Tumbas». En cierta entrevista el autor argentino contaba lo angustiado que se sentía al pensar que podría morir antes de escribir las últimas 50 páginas de la novela, pues se podría pensar que su concepción sobre la existencia humana era completamente pesimista. Pesimismo que no es tal si uno atrapa la mano salvadora que nos deja al final de la obra en las opciones y acciones de Martín, el adolescente que logra encontrar una respuesta a su existencia.

Veremos más adelante como esta idea del escritor planteando en sus personajes sus propias ideas y contradicciones sobre los problemas humanos se da en el cuento analizado. Sin embargo, antes debo describir el pensamiento político de León Tolstoi así como la forma en que lo llevó a la práctica.

EL PENSAMIENTO DE LEÓN TOLSTOI

En esta explicación seguimos la teoría de Isaiah Berlin respecto al pensamiento de Tolstoi. Según el autor inglés (que a su vez toma la interpretación de un ensayo del crítico ruso Mijailovsky, «La Mano Derecha y la Mano Izquierda de León Tolstoi», publicado en la década de 1870) Tolstoi nunca logró conciliar un conflicto entre la naturaleza del ser humano y los problemas que planteaban las sociedades en las que vivía, ya sea rusa o europea occidental. Esta tesis se apoya tanto en los escritos políticos de Tolstoi, sus escritos autobiográficos como en su obra literaria.

León Tolstoi no perteneció a ninguna de las dos fuertes corrientes de pensamiento que existían en Rusia durante su juventud. Sin embargo, se entienden mejor sus concepciones políticas y morales al conocerlas.

- Por un lado estaban los Eslavófilos. Ellos creían en la necesidad de una monarquía cristiana y nacionalista para Rusia y en el valor del campesino ruso como hombre no contaminado por el pensamiento moderno. Creían en lo tradicional, en la Iglesia ortodoxa y en el destino histórico del pueblo ruso.

- La otra corriente ideológica era la de los radicales, con sus ojos puestos en las sociedades de Europa Occidental como modelo de desarrollo. Creían en el

progreso material, en la ciencia como vehículo de ese progreso y en la democracia.

Tolstoi no estaba ni con unos ni con otros. Creía, como los radicales, en la necesidad de erradicar de la sociedad las formas de explotación que mantienen la desigualdad entre los hombres por lo que denunciaba la explotación económica y creía en la libertad individual. Pero desconfiaba y criticaba la democracia, el cambio político, la ciencia y la noción de progreso. Se aproximaba a Rousseau en cuanto pensaba que el hombre nacía puro pero que la sociedad lo volvía malo, y se unía en la crítica del pensador francés al racionalismo burgués de la ilustración. Para Tolstoi gran parte de la culpa de la transformación del ser humano de un hombre puro a uno corrompido la tenían los intelectuales quienes habían educado a los hombres para que no pudiesen conocer la verdad, una e inmutable en todos los tiempos. El hombre nacía con el don de conocer la verdad pero la educación y socialización los corrompía y volvía malos, perdiendo ese don. En este punto se asemeja a los eslavófilos en cuanto ve a los campesinos como poseedores de esa capacidad natural en el hombre de conocer lo cierto al no estar contaminados por la educación burguesa. Pero se desliga de los eslavófilos al desconfiar de la monarquía, la Iglesia y la tradición ya que ellas eran también instrumentos de dominación del ser humano. Como los radicales ilustrados creía que los valores no estaban en estas instituciones sino en la persona humana, en su experiencia personal. Sin embargo, a diferencia de los radicales ilustrados, él desconfiaba del burgués y el tipo de vida que representaba.

Aquí se toca un punto central de la ideología de Tolstoi: la educación. Los niños, al igual que los campesinos, serían puros antes de ser tocados por la «civilización». Por ello la sociedad se encarga de educarlos en forma tal que, llenándolos de conocimientos y prejuicios, terminan perdiendo la inocencia. La única forma correcta de educar a los niños sería, entonces, que los educadores olviden todas sus teorías irreales y desligadas de lo natural y establezcan un vínculo con sus educandos basado en la caridad y el amor. Tanto la monarquía zarista, como la Iglesia y los intelectuales corrompían con sus proyectos educativos a los menores, pero estos últimos eran los peores pues trataban a los seres humanos como especímenes de laboratorio al hacerlos variables de sus teorías.

Tolstoi abandona la universidad al considerar que se hallaba dedicada a estudiar intrascendencias y no problemas humanos relevantes, y que se concentra en el estudio y acumulación de datos innecesarios

para la vida de un hombre razonable. Prefería la vida de los cosacos o de los oficiales del ejército a las reuniones literarias y debates intelectuales ya que esas actividades respondían a impulsos naturales de una verdadera vida. Las instituciones, universidades e intelectuales estaban lejos de encontrar la verdad pues la buscaban donde no estaba. Para el Conde Tolstoi ésta se hallaba frente a nosotros, entre la gente simple, mirándonos. Comparaba la sencilla y sabia vida natural de los campesinos con las complejidades e incoherencias de la ciudad y sus educados ciudadanos.

Sostenía su idea de la corrupción de la sociedad burguesa en lo siguiente: los hombres tienen en todas las épocas ciertas necesidades básicas, materiales y espirituales, que deben solucionar para llevar una vida armoniosa. Los campesinos estaban en mejor capacidad de solucionar esas necesidades al proveerse ellos mismos de sus propios recursos. Sin embargo, al ser dominados por otros hombres (nobles, terratenientes, burgueses) que buscan satisfacer sus necesidades a su costa, estaban condenados a llevar una existencia miserable. El amo sería un parásito, alejado de lo natural al no estar en capacidad de ser autosuficiente; y al no poder serlo se vuelve más malo y pierde sus percepciones «naturales». Su ideal humano será, entonces, «una sociedad de hombres libres e iguales que viven y piensan a la luz de lo que es cierto y justo, y así no entran en conflicto con ellos mismos ni con los demás».⁵

En toda su obra se ve esta opción por la supremacía moral del campesino que lo hace más feliz y armonioso que sus protagonistas, generalmente hombres educados. Ello lo lleva a reclamar del escritor, del artista, un compromiso con lo esencial en el hombre, con el planteamiento de los problemas humanos tal cual eran, resaltando lo importante y eterno para dejar de lado lo trivial e intrascendente.

En 1860, siendo ya un escritor de cierto nombre y con 32 años, se dedica a redactar un tratado sobre educación que concilie sus concepciones sobre lo humano. Mortificado por la situación de los campesinos rusos decide actuar en sus propios dominios de Iasnaia Poliana y funda una escuela para poder darle a sus siervos una educación de acuerdo a sus principios. Viaja por Inglaterra, Francia y Alemania, buscando respuestas en los planes educativos de esos países pero encuentra allí las mismas falacias que en su patria: escuelas anticuadas, memorísticas,

corruptoras de la inocencia infantil. Sin respuestas, regresa a su aldea donde se dedica él mismo a enseñar a los niños. Actúa como un «terrateniente ilustrado»⁶, viste como campesino, vive con sus siervos e incluso trabaja la tierra. Diseña nuevos métodos de enseñanza, critica los antiguos, prepara manuales y desarrolla métodos de aprendizaje, e intenta educar a aquéllos a quienes su falta de educación les cerraba la posibilidad de ser libres.

El lector atento ya habrá encontrado el centro de la angustia y contradicción de Tolstoi. Lo natural es bueno, verdadero, armonioso. Las clases sociales altas han creado una sociedad que no es armoniosa y sus intereses, en cuanto dominadores de la mayoría, se oponen a los intereses de ésta. Pero los que se percatan de esta realidad, los que se dan cuenta de la injusticia de la sociedad, son justamente personas educadas que no pueden volver a ser inocentes ni campesinos. El propio Tolstoi es uno de ellos. La duda que se plantea es si no pueden ser otra vez seres naturales por ya estar demasiado corrompidos o si hay algo bueno en los de su clase que los ha hecho descubrir valores que los hombres sencillos jamás podrán alcanzar, por la paradoja de no ser educados.

En esta duda se movió toda su vida. Veamos primero a que conduciría la primera respuesta, la corrupción del intelectual o el artista:

1. Si el intelectual, el burgués, está corrompido todo lo que para él es bello no tendría por que serlo. El arte, la literatura, sus mismos escritos de denuncia no servirían de nada si para el campesino, hombre natural, son ininteligibles. Mozart o Rousseau podrán ser para él muy valiosos pero para el hombre del campo no significan nada. Los progresos de la técnica sirven para las minorías dominantes pero no llevan mejoras para las mayorías y son ellas las que pagan todas estas formas de placer. El individualismo sería una forma de lucha del hombre moderno contra los designios naturales y el no querer ver la verdad en nuestro interior. La naturaleza es sabia y el autor tiene fe en que sus designios nos llevarán hacia la verdad, actuar voluntariamente siendo hombres ya incapaces de aprender lo hermoso desviaría ese camino. Ello lo lleva a plantear la sin razón de la acción política, un «quietismo» que sería la única acción coherente del ser humano y que lo aleja de toda posibilidad de acción para cambiar el orden de las cosas. Esta posición se puede encontrar en algunas de sus obras, esencialmente en las primeras.

⁵ BERLIN, Isaiah. Op. Cit. p. 396.

⁶ BERLIN, Isaiah. «León Tolstoi y su Pensamiento Político.» En: «Isaiah Berlin. Antología de Ensayos» Ed. Espasa Calpe. Madrid, 1995, p. 394.

Obviamente esta concepción fue muy atacada posteriormente en la Rusia comunista por considerar que el revolucionario tenía una labor civilizadora frente a la sociedad, él estaba imbuido en la conciencia revolucionaria de la cual carecía el campesino sin educación.

2. Pero también cabe la posibilidad de que los educados que descubren este entramado en que está atrapado el hombre posean algo que los hombres sencillos no tienen. Ésta es la segunda respuesta a su duda, y ésta lo lleva a posiciones antagónicas a lo antes expresado. El educado ha logrado serlo por no tener que trabajar el campo, ha tenido tiempo para meditar y darse cuenta de las contradicciones de su sociedad. Estará en el deber de devolver a los explotados este tiempo de ocio ganado a costa suya y volcar todos sus conocimientos y esfuerzos en su educación. Entonces, el intelectual debe buscar equiparar a los campesinos en aquello que los hace desiguales para permitirles disfrutar de su libertad. La conclusión sería que quien conoce esta realidad sí podrá ver la verdad, conocerla y actuar por la emancipación de aquellos que viven cerca de ella pero no pueden disfrutarla. El escritor, el artista, estará en la obligación de actuar, denunciar lo injusto y confrontar a los lectores u observadores de su obra con cuestiones morales básicas, opciones sobre lo justo que lleven a un cambio en la mentalidad dominante.

« Sólo hay un objetivo humano igualmente obligatorio para todos los hombres, sean terratenientes, médicos, barones, profesores, banqueros o campesinos: decir la verdad y dejarse guiar por ella al actuar; es decir hacer el bien y convencer a otros de que lo hagan. Que Dios existe o que La Ilíada es bella o que los hombres tienen derecho a ser libres son verdades eternas y absolutas; por tanto, hemos de persuadir a los hombres a que lean La Ilíada y no novelas pornográficas francesas, y de laborar por una sociedad igualitaria y no una jerarquía teocrática o política.»⁷

¿Cómo conciliar las diferentes respuestas? ¿Quietismo o acción? La opción tomada por Tolstoi fue la segunda: decidió actuar. Y ciertamente lo hizo trabajando obsesionado con la educación de los menos favorecidos e intentando difundir estas certidumbres a través de su obra literaria, especialmente la final.

Así vivió y predicó León Tolstoi en su vida pública. Pero en la vida privada, en su interior, la primera respuesta dada a la pregunta no lo dejaba en paz. Si él no podía volver a ser un ser inocente podría ser que ya estuviese corrompido. Y si estaba corrompi-

do (y con él todos los otros intelectuales que habían descubierto la verdadera forma de dominación en la sociedad) ¿con qué autoridad podría actuar frente a los otros? Si estoy corrompido no puedo llevar la verdad a los campesinos que, con toda su incultura, están mucho más cerca de ella que yo. ¿Porqué debo hacer que les gusten las cosas que a mí: Chopin, Mozart, Maupassant? Si a mí me gustan estos artistas, ¿no será porque son también miembros de una cultura decadente? Si yo no puedo ver la verdad, ¿cómo voy a atreverme a intentar cambiar el alma de aquéllos que son mejores que yo?, ¿con qué seguridad puedo hacerlo? El intelectual no vive feliz, al educar moldeará al niño o al campesino hacia aquello que él es, por tanto lo hará infeliz.

Grave problema. Desde esta perspectiva toda forma de educación llevará implícita los valores de quien la creó y estos valores serán producto de una sociedad corrompida. Tolstoi hace un último intento de conciliación: confiar única y plenamente en la naturaleza. Atender a lo verdadero y esencial en nosotros mismos sin considerar nuestras voluntades o ideas que disfrazan estas nociones. No hay que enseñar al niño campesino sino aprender a ver en él lo esencial, no hay que guiarlo sino ayudarlo a que se desarrolle él mismo. Lo otro sería utilizar a los seres humanos como formas de experimentación buscando amoldarlos a patrones preestablecido, sería inmoral.

Sin embargo al llegar a este punto vuelve la duda. Por más liberadora que sea mi enseñanza sigue siendo una forma de enseñanza, por tanto sigue modificando conductas que no deberían ser modificadas. El mismo hecho de evitar influencias externas en los alumnos es ya moldearlos y hacerlos distintos. ¿Quién me da derecho para hacer algo así? Lo único cierto, piensa, es que todos los modelos educativos terminan sirviendo a determinados patrones, quizá en un siglo su propio modelo sea visto como errado. Si no conocemos la verdad, entonces lo más lógico sería no molestar a los demás con nuestras ideas y dejarlos tal cual están. Otra vez quietismo. La educación debería ser algo individual en la que se acompañe al alumno en su crecimiento espiritual con simpatía, narrándoles hechos de nuestra vida y la de otros hombres pero sin inculcarles preceptos pues sería coercionarlos.

Pero, entonces, ¿cómo dejar libre al estudiante? ¿Debemos entregarle sólo hechos que él acomodará a sus ideas sin ningún contenido ético, siendo moralmente neutrales? ¿es esto posible? Tolstoi no lo cree, pues toda comunicación entre personas, por

⁷ Ibid. p. 404.

simple que sea, conlleva contenidos éticos y valorativos. Existe una sociedad caduca que debe ser rescatada por los puros, pero no sabemos quién es puro, por lo que no sabemos cómo curarla. Justicia e injusticia, inocencia y educación, injusto es coaccionar a otro pero también es injusto dejarlo en su estado de desigualdad. Sus preguntas se repiten en otros pensadores que han «descendido» al pueblo sin la seguridad de los marxistas, confiados en el valor supremo de la educación y la necesidad de despertar en los otros la «conciencia de clase». Los reformadores no sabían si el pueblo deseaba los cambios que ellos impulsaban o si imponían aquello que creían que el pueblo «debía» desear. En el Perú hemos visto procesos similares con la reforma agraria y recientemente con la nueva legislación de tierras y aguas para las comunidades campesinas. En el fondo las preguntas son las mismas y el debate se sigue dando en los mismos términos, y se lleva a otros campos distintos a la educación, como el de los derechos humanos frente a los derechos culturales.

Tolstoi creía firmemente que debía existir una solución al dilema, aun cuando no la conociese. Debía existir una forma de conciliar todas estas posiciones en un sistema armonioso, pero los términos mismos lo hacen imposible. Corrupción de la sociedad educada y deber de elevar a las masas al mismo nivel, quietismo contra acción, simpleza «verdadera» en la observación de los hechos contra la observación intelectual compleja; su sistema es incoherente, por ello no tiene un modelo que presentar como pensador político. Su necesidad de encontrar una verdad única y conciliable le impidió, tal vez, darse cuenta que la verdad no podía ser tan obvia o armoniosa como pretendía.

«Todos saben que Tolstoi colocaba a la verdad por encima de todas las virtudes. Otros también han hecho esto, y lo han celebrado no menos memorablemente, pero Tolstoi se cuenta entre los pocos que realmente se han ganado ese raro derecho: sacrificando todo lo que tenía en su altar: felicidad, amistad, amor, paz, certidumbre moral e intelectual, y al final, su vida. Y todo lo que en verdad le dio, a cambio, fue duda e inseguridad, desprecio de sí mismo y contradicciones irresolubles.

En este sentido, aunque Tolstoi lo habría negado violentamente, es un héroe y un mártir-quizá el más

generosamente dotado de todos ellos- de la tradición de la ilustración europea. Esto parece una paradoja; pero toda su vida es testimonio de la proposición que él se dedicó a negar en sus últimos años: que la verdad pocas veces es totalmente sencilla o clara, o tan obvia como a veces parece ser a los ojos del observador común.»⁸

En el cuento «La Muerte de Iván Ilich» (en adelante LMII) las ideas descritas serán esenciales para comprender la angustia de su personaje, Iván Ilich, frente a la muerte y analizar la crítica al tipo de vida que llevó el protagonista.

LA MUERTE DE IVÁN ILICH

En LMII León Tolstoi narra la vida de un importante funcionario público, Iván Ilich, y su larga agonía a raíz de un golpe en el abdomen. La muerte del protagonista será lenta y durante su agonía reflexionará sobre el tipo de vida que ha llevado y su terrible temor a la muerte. Este cuento no pertenece precisamente a la última etapa de Tolstoi en la que intentó darle a su escritura un contenido abiertamente pedagógico sobre la verdadera buena vida (como son los cuentos «Maestro y Servidor» o «El Padre Sergio», por ejemplo) y cambió por tanto su estilo a uno más simple y directo a fin de que sus obras sirvan como preceptos morales. En su ensayo «¿Qué es el arte?» de 1897 recoge estas ideas y plantea la necesidad de que el arte sirva como instrumento pedagógico de las masas. LMII se ubica en el inicio del último período de grandeza del escritor, el que va de 1884 a 1898, y representa el inicio de este cambio de estilo después de una grave crisis espiritual en que cuestionó toda su obra anterior y sus ideales.

Haré una breve descripción de la historia que nos permitirá analizar diversos aspectos de la misma. Se inicia con los amigos y colegas de Iván Ilich tomando conocimiento de su muerte. Iván Ilich, se nos dice, era un hombre exitoso que ocupaba un cargo importante en la audiencia de Petersburgo. Durante los funerales se describe un ambiente falso, lleno de formalidades sobre lo que debe decirse y hacerse en esas situaciones y cómo estos ritos se cumplen por convención, no por dolor ni por respeto al muerto. A sus colegas se les presenta pensando y discutiendo cómo esa muerte modificará el orden de la magistratura, es decir, en que forma los beneficiará o

⁸ Ibid. p. 414. Otros ensayos de Berlin en los que toca los problemas a los que pueden conducir esta búsqueda de la verdad son "Dos Conceptos de Libertad", "La Búsqueda de un Ideal" y "La Apoteosis de la Voluntad Romántica". Su opción por el pluralismo y la libertad negativa son, justamente, un reconocimiento de la imposibilidad de armonizar todos los valores humanos en un sistema privado de contradicciones.

perjudicará. Por su parte, la viuda está más interesada en averiguar qué puede hacer para incrementar la pensión que le corresponde. Y, rodeando todo, una evasión de pensar el tema de la muerte como lejano y ajeno, algo que no es real ni posible para los participantes del velorio. Pero el autor nos deja dos pistas que serán esenciales para el relato. La primera es el rostro del muerto, un rostro de tranquilidad y felicidad en el que «había un reproche y una advertencia a los vivos»⁹. La segunda es la presentación del criado Guerásim, un mujik, un campesino, que al ser interrogado por uno de los invitados respecto a si había sentido la muerte de su patrón responde en forma concreta, sincera: «es la voluntad de Dios, todos iremos allí.» No hay preocupación ni malestar en sus palabras, no hay miedo a la muerte, un miedo con el que Tolstoi ha rodeado toda la descripción de un funeral en el mundo ruso burgués.

Luego se narra la vida de Iván Ilich, su carrera como funcionario político, su inserción dentro de la burguesía rica de la época, su ascenso en la carrera administrativa y su matrimonio convencional con Praskovia Fiódorovna. La intención durante toda esta parte del relato es mostrar las preocupaciones de Iván Ilich y su total convicción de que la felicidad se encuentra en el poder y la riqueza. Su matrimonio no es bueno, pero lo acepta como algo que debe ser de esa manera. Sus ascensos en los puestos judiciales son celebrados como grandes triunfos por el protagonista, y son éstos los que marcan los períodos de felicidad en su vida. Hasta aquí vemos a un protagonista contento con su vida, un matrimonio bueno y unos hijos perfectamente normales. La descripción de esta normalidad y banalidad es perfecta, el autor nos va enredando en las certidumbres de Iván Ilich y su deseo de poder, nos hace sentir como acepta las convenciones sociales como cuestiones normales para llegar a la felicidad:

«Muy pronto, al año de la boda, Iván Ilich comprendió que el estado matrimonial, aun proporcionando ciertas comodidades en la vida, es, en esencia, un asunto muy complicado y difícil con relación al cual, para cumplir con su deber, es decir, para mantener una vida decorosa, aprobada por la sociedad, hay que adoptar determinada actitud, lo mismo que con relación al cargo.»¹⁰

En un momento, por unos cambios en el ministerio que de la noche a la mañana lo sitúan por encima de

aquéllos que bloqueaban su ascenso, adquiere un importante puesto en el Ministerio de Justicia con un buen salario en la ciudad de Petersburgo. Compra una casa nueva y se llena de ilusión al decorarla. Hasta en esto Tolstoi denuncia la banalidad: «en esencia, se trataba de lo mismo que podemos ver en todas las casas de las personas no muy ricas, pero que quieren aparentarlo, y por eso lo único que logran es parecerse entre sí(...)»¹¹ Durante la decoración, al subir en una escalera para señalarle un detalle al empapelador, Iván Ilich cae y se golpea en el costado contra el borde de una ventana. Es aquí donde comienza la lenta agonía del protagonista. Un golpe que parece no tener consecuencias, con el pasar de los meses se convierte en una molestia constante. Mientras tanto la familia seguía ascendiendo en sociedad y desprendiéndose de parientes pobres y viejos amigos que consideraban por debajo de su actual estado. La molestia en el costado izquierdo siguió aumentando, cambiando el estado de ánimo de Iván Ilich. Se volvió parco y mal humorado, aceptando que estaba enfermo y culpando a la enfermedad de su irritabilidad decide acudir a un médico. Se inicia una serie de visitas a distintos médicos, diagnósticos diferentes, tratamientos inútiles. Con el dolor crecía la angustia de saberse enfermo y no poder hacer nada al respecto.

Es en este momento cuando Iván Ilich empieza a cuestionar su vida actual, el estilo de vida que lo rodea. La forma en que su esposa toma el problema lo hace sentirse mal, ella repite a todas sus amistades que lo de Iván Ilich no es grave y que si siguiera las prescripciones médicas se sanaría rápidamente. Incluso llega a sugerir que todo ello es un truco de Iván Ilich para colmarle la paciencia y hacerla sufrir. En su trabajo sentía que los colegas lo observaban deseando su muerte a fin de poder ocupar su cargo y no soportaba las bromas que le hacían sobre su tragedia. Todo aquello que valoraba de su vida carece de importancia frente a su situación actual, frente al temor de la muerte.

“¡Dios mío! ¡Dios mío! -articuló-. Otra vez, otra vez; y esto no se acabará nunca.” Y de súbito la cosa se le apareció en un plano totalmente distinto. “¡El intestino ciego, el riñón! -se dijo-. El asunto no reside en el intestino ciego ni en el riñón, sino en la vida y...la muerte. Sí, estaba la vida y se va y no puedo retenerla. Sí, ¿para qué engañarme? ¿Acaso no resulta evidente para todos, menos para mí, que me estoy

⁹ TOLSTOI, León. «La Muerte de Iván Ilich». Salvat Editores S.A. y Alianza Editorial S.A. Navarra 1972, p. 21.

¹⁰ Ibid. p. 33.

¹¹ Ibid. p. 39.

muriendo y de lo único que se trata es del número de semanas, de días; que me puedo morir ahora mismo? Era la luz y ahora son las tinieblas. ¡Estaba aquí y ahora voy allá! ¿Adónde?» (...) «¿Dónde estaré cuando no exista? (...) Y ninguno de ellos lo sabe ni quiere saberlo; no les inspiro lástima. (...) Les da lo mismo. ¡Imbéciles! Yo antes y ellos después; también les llegará a la vez. (...) No podía ser que todos estuviesen condenados siempre a este horroroso miedo.»

Mientras iba convirtiéndose en un cadáver en vida Ilich se rebela contra su condición de mortal. Al hacerlo Tolstoi nos hace ver en su personaje todo el miedo del burgués a la muerte, toda una cultura basada en el intento de olvidar que se es mortal. Y él es un recuerdo para todos los que lo rodean de la muerte, se convierte en una presencia desagradable para los demás preocupados únicamente en el día en que dejará el mundo. En ese momento aparece el personaje de Guerásim, su sirviente, como única compañía que podía aliviarlo. Era él único que no le mentía, hablaba de frente sobre la muerte con sabiduría natural y lo atendía con ternura.

Cuando las esperanzas de vida son pocas y la desesperación de Iván Ilich es total el autor introduce en la historia un pasaje que, en mi opinión, reúne todo el pensamiento tolstoiano y su intento de transmitir al lector sus ideas políticas. Este pasaje, que termina con la muerte de Iván Ilich, se inicia con la conversación del protagonista con su propia alma, o Dios si se quiere. Cuando está solo y quejándose de la ausencia de Dios, ya que su presencia lo tranquilizaría frente a la muerte, su alma le responde. Y frente a su queja de porqué se le arrebató la vida feliz que había vivido, la vida agradable que llevaba, el alma replica preguntándole si podía describir cómo era esa vida agradable. Y al buscar la respuesta se da cuenta de la gran mentira que había sido toda su vida, falsa, llena de convenciones sin contenido y alejada de la verdadera naturaleza del ser humano. Al seguir cuestionándose llega a su infancia, única etapa en la que sentía una felicidad constante y sincera. La felicidad eran sólo momentos, momentos que iban desapareciendo mientras llegaba al presente. ¿Sería posible que hubiese vivido en forma equivocada?

«Me deslizaba cuesta abajo y me imaginaba que iba cuesta arriba. Así fue. En la medida en que, en

opinión de la gente iba en ascenso, la vida se escapaba bajo mis pies (...) Resulta imposible que la vida sea tan absurda y repulsiva.(...) «¿Es que no he vivido como debiera?» -se le ocurrió-. «Pero cómo ha podido ser, si hice todo conforme debía?», se dijo, y al instante rechazó, como algo totalmente imposible, la única solución de todo el enigma de la vida y la muerte. (...) Mas, por mucho que pensase, no encontró respuesta. Y cuando le venía a la cabeza, como con frecuencia ocurría, la idea de que todo era debido a que había encauzado mal su vida, rememoraba la rectitud de su vida entera y rechazaba esa extraña idea.»¹²

Iván Ilich, en medio de una gran ciudad, rodeado de convenientes amistades y de su familia, se sentía terriblemente solo. Su único consuelo era el recuerdo de la infancia, el sabor de las cerezas, los juegos con su hermana. Mientras más se alejaba del presente la vida y la felicidad eran mayores, pero no terminaba de entender porqué. No encontraba explicación y «Podría encontrar explicación si admitiese que no he vivido conforme debiera. Pero eso ya es imposible admitirlo.»¹³ Y el cuento entra en una caída vertiginosa cuando, por fin, acepta la falsedad de su vida: «En realidad toda mi vida, mi vida consciente, ha sido un engaño»¹⁴. Entonces reconoce que todo por lo que había vivido era secundario, que lo prioritario tenía que ser otra cosa, algo que encontraba en su infancia, algo que encontraba en Guerásim, pero no logra saber qué. Acepta tomar la comunión pero no ve sentido en ello, no le traerá ningún alivio. Tolstoi hace aquí una crítica a la Iglesia, alejada de la divinidad por las convenciones que marcan su vida institucional. Luego de tomar la comunión comenzó un grito que duró tres días, un grito que, creo, es una señal de la purga de toda la falsedad en que Iván Ilich había vivido, un grito de desesperación al reconocer su triste realidad y darse cuenta que moriría sin resolver la duda de para qué sirve vivir, que lo había echado todo a perder y que no habría una segunda oportunidad.

Es la visita de su hijo una hora antes de morir, su hijo que era el único de la familia que parecía sufrir de verdad su agonía, lo que le hizo entender la respuesta a su pregunta sobre el sentido de la vida. Al verlo sufriendo, junto a la esposa llorosa, quiso ayudarlo, quería curarlo de su aflicción. Y eso, era algo que de golpe lo reconfortó:

¹² Ibid. p. 73.

¹³ Ibid. p. 76.

¹⁴ Ibid. p. 77.

« Y de pronto se le hizo claro que lo que le abandonaba y no acababa de salir, brotaba de golpe, de dos sitios, de diez, de todas partes. Había que hacer algo para evitar su aflicción. Para evitar los sufrimientos de ellos y de él mismo. «¡Que bien y que sencillo! -pensó-. ¿Y el dolor? -se preguntó-. A ver dolor, ¿dónde estás? (...) Buscaba, sin poderlo encontrar, su anterior y habitual miedo a la muerte. «¿Dónde está? ¿Qué muerte? No sentía miedo alguno porque no había muerte. (...) En vez de la muerte era la luz. (...) -¡Ahora lo comprendo!- dijo de pronto, en voz alta. ¡Qué alegría!¹⁵ ».

Y luego de haberlo entendido, Iván Ilich murió. Murió, como dijimos al principio, con una mirada de paz y dejando una advertencia en su rostro tranquilo a quienes quedaban vivos. Pienso que el cuento por sí solo es fácilmente asociable al pensamiento político de Tolstoi descrito antes; sin embargo, quisiera hacer algunas interpretaciones al respecto.

1. El deseo de ayudar que propone el autor es coherente con su idea de la responsabilidad del intelectual y de todo ser humano para con aquéllos que viven oprimidos. Ésta es la segunda respuesta de Tolstoi, la acción, y eso, creo, es lo que nos quiere decir en el relato. Todo su desprecio por el estilo de vida burgués se ve en el conflicto de Iván Ilich. La salvación de su alma sólo se da al aceptar la carencia de sentido de este tipo de vida y comprender que sólo viviendo para los otros y con los otros, formando relaciones sinceras y humanas la vida puede tener sentido. Aún así, como dijimos antes, este cuento es anterior a aquéllos en que el mensaje Tolstoiano es más claro, casi pedagógico, como «Amo y Servidor» o «El padre Sergio», aquí todavía hay espacio para la interpretación y la duda.

2. El personaje de Guerásim, aquel sirviente de campo que ayuda sin esperar nada a cambio, es la esencia de lo que el burgués ha perdido. Su mundo de sinceridad y simpleza contrasta con el ambiente descrito durante todo el cuento. Es en Guerásim donde Tolstoi reúne todas las virtudes de los campesinos antes descritas y es uno de los típicos personajes «salvadores» de Tolstoi. Es una constante en sus cuentos y novelas encontrar estos personajes balanceados, equilibrados y sin las dudas frente a la vida y la muerte de sus protagonistas, generalmente

burgueses. Son ellos quienes sirven de enlace entre el mundo burgués y el mundo natural. Pienso en Nikita de «Amo y Servidor» o Pashenka de «El Padre Sergio»¹⁶.

3. La infancia de Iván Ilich es feliz pues, como creía Tolstoi, los niños sí pueden ver y sentir la verdad. Al ser educado Iván Ilich pierde todo ello, se vuelve un perfecto ejemplo de todo lo que Tolstoi considera innecesario y banal y, con ello, pierde sus certidumbres. Por ello la pena al ver a su hijo y la paz al rememorar episodios de su vida de niño.

4. Pienso que Tolstoi sugiere que lo que Iván Ilich encuentra al final de su vida, y que le permite morir en paz, es el descubrir que hay un sentido en la vida, descubrir a Dios ya no en la iglesia establecida ni en los rezos de memoria, sino en lo humano. Esa certidumbre de la vida después de la muerte, de la necesidad de ser personas de bien, tan presente en los campesinos como Guerásim es lo que le da la paz necesaria para morir sin dudas.

5. Al hablar Alan Bloom de la separación de poesía y política, interpretando a Rousseau, nos dice que ésta es producto de un pensamiento burgués que concibe al ser humano como actor político por el «miedo a una muerte violenta». Para él, el burgués nace de la concepción de la vida en sociedad de Hobbes o de Locke, por la cual el hombre se junta con otros hombres sólo para buscar su seguridad personal. Estos dos autores solucionarán el problema de la vida en sociedad en forma distinta: para Hobbes será necesaria la figura de un soberano que imponga el orden (el Leviatán), para Locke el orden se establecerá por un pacto social entre los hombres (un Contrato Social). Rousseau pensaba que la tragedia del mundo burgués estaba en que el hombre no es ni el egoísta buen salvaje que sólo ve por sus propios intereses, ni el ciudadano ateniense para quien no cabe distinguir los fines privados de los públicos. El ciudadano ateniense entendería lo público como la esfera donde se toman las decisiones trascendentes para la vida humana. Pienso que es evidente en Tolstoi el mismo pensamiento, este reproche a la sociedad burguesa de su tiempo. Este temor a la muerte que para él surge de la racionalidad y sociedad burguesa es, en esencia, la razón del temor a la muerte de Iván Ilich. Cuando comprende y acepta que toda su vida no valió nada le es posible,

¹⁵ Ibid. p. 80-81.

¹⁶ De esta presencia de personajes salvadores nos hablan tanto Berlin en el ensayo mencionado como los críticos Paul Foote (Introducción En TOLSTOI, León. «*Master and Man and Other Stories*», Penguin Classics. London, 1977) y Francoise Flamant (Préface En: TOLSTOI, León. «*La Mort d' Ivan Ilich, Trois Morts, Maître et Serviteur*» Editions Gallimard. Paris, 1997).

en el último instante, alcanzar la salvación al reconocer lo esencial en ese otro tipo de vida que olvidó al ser corrompido por su sociedad.

He intentado seguir la línea planteada al inicio cuando Bloom nos decía que el gran autor literario sabe presentar las grandes preguntas sobre la vida en forma tal que el lector se siente reconocido en ellas. Y, asimismo, el autor logra presentar en lo individual, en el personaje que vive una vida de determinadas opciones, una posición política que engloba a la sociedad. Ésta no es otra cosa que pasar de lo ético a lo político como lo reclamaba Berlín. A mi juicio el genio de Tolstoi está en eso, en que Iván Ilich reúne a todo un mundo burgués occidental con miedo a la muerte, enfrentándonos a la más grande pregunta del hombre radicalizando las opciones frente a la vida de toda una sociedad y mostrándonos vacías. ¿No nos provoca acaso el mismo sentimiento cierta sociedad limeña sosa y marcada por las convenciones?

Frente a la situación extrema de la agonía de Ivan Ilich, el autor plantea sus propias certidumbres de lo que debe ser una buena vida y le da sentido a una determinada forma de acción política. En el cuento, si bien hay márgenes para la interpretación, pienso que su mensaje en favor de la acción es muy claro. Sin embargo, ya vimos cómo esta seguridad en su segunda opción no era total en su propia vida. Una pregunta que sólo él podría haber respondido es si en sus últimos momentos, como Iván Ilich, logró conciliar las dudas que lo atormentaban o si murió sin hacerlo y, por tanto, sin la paz de su personaje.

CONCLUSIÓN

Actualmente se trata muy mal al término «política» cuando se le asocia con el arte o la literatura. He intentado en este ensayo ver cómo esta relación es muy cercana aunque corrientes actuales parecen renegar de toda forma de pensamiento político para sumergirse en lo individual como opuesto a lo político. Pienso que el cuento estudiado es un perfecto ejemplo de cuán político puede llegar a ser lo individual. Por ello dirá Bloom al respecto:

«The poetic, according to the modern argument, transcends the base public concerns of politics; the artist is closer to antipolitical bohemian than to the political gentleman. As soon as one speaks of a political interpretation of poetry,

one is suspected either of wanting to use poetry as an ideological weapon or to trying to import foreign doctrines -such as those of Marx or Freud- and making Shakespeare their unconscious precursor, all the while forgetting the plays themselves.»¹⁷

Disto de ser un apocalíptico, pero comparto la preocupación expresada por Bloom al separar lo personal de lo político y minimizar la relevancia de los asuntos públicos en las relaciones entre los hombres. No comparto su visión epopéyica sobre los fines de la poesía como educación para el bien, pues pienso que incluso en la obra destructiva y pesimista existen conocimientos que deben ser enfrentados. Pero sí me parece válida su preocupación por los caminos que nos vienen llevando a un relativismo sin opciones sobre lo bueno o deseable y que se centra en una supuesta neutralidad como valor fundante. Esta separación entre el artista y el pensamiento político no nos parece sostenible. Me cuesta mucho imaginar a una persona sin ideas sobre la sociedad en la que vive, o por lo menos sensaciones sobre ella, que pueda crear una obra interesante que nos permita sentirnos reconocidos, angustiados o gratificados. Todos los días vemos trabajos de artistas nuevos (ya sea en la literatura, pintura, teatro o cine) que se refugian en esta neutralidad y en un llamado «mundo interior» que sirve de cajón de sastre para entregar «productos» personales nada interesantes. Un ejemplo de ello es la moda de refugiarse en una supuesta “contracultura” para entregar arte intranscendente, como si el solo hecho de declarar mi desprecio al sistema hiciese buena mi obra.

Sin embargo, pienso que este antagonismo entre poesía y pensamiento no es nuevo ni producto de la «modernidad destructiva» como muchos apocalípticos llaman a la vida actual. No soy tan negativo como Bloom. Y no creo en la maldad intrínseca del mundo burgués pues éste, sinceramente, no me parece malo. Además, las reacciones a esta supuesta “mediocridad burguesa” se han probado peores que la enfermedad. No hay que olvidar que totalitarismos de izquierda y derecha se han centrado en esta crítica para justificar su control sobre el individuo. Creo que esta producción de obras buenas y malas es tan vieja como el hombre. En la medida que lo bueno es aquéllo que nos deja sentimientos trascendentes, la historia misma será la encargada de separar las obras con contenido trascendentes de

¹⁷ BLOOM, Allan. Op. Cit. p. 56. «Lo poético, de acuerdo al argumento moderno, trasciende los intereses públicos básicos de la política; el artista se halla más cerca del bohemio antipolítico que del caballero político. Ni bien uno habla de la interpretación política de la poesía, se sospecha de uno de querer usar la poesía como arma ideológica o de intentar importar doctrinas foráneas -como las de Marx o Freud- haciendo de Shakespeare su precursor inconsciente, mientras que olvidamos la obra en sí misma.»

las otras, las que quedan sólo en la moda y lo pasajero. Lo que he buscado aquí es plantear que la literatura y el pensamiento político no son antagónicos, más bien es el pensamiento y la técnica del autor para introducirnos en él un rasgo esencial de lo que para mí es buena literatura.

Por otro lado, creo que es importante intentar hablar desde la filosofía con sensibilidad de las grandes preguntas humanas, recordando que el filósofo es un ciudadano que debe presentar opciones y consecuencias a la sociedad en la que vive. De no hacerlo la filosofía se convierte en un mero ditirambo, tal vez de mucha profundidad, pero sin relevancia en el actuar social. Tal vez por

allí vaya la forma de romper el actual antagonismo ficticio entre las humanidades y su consiguiente parcelización, tan destructiva y aburrida. Y sobre la muerte, quedémonos con las últimas líneas de Tolstoi en el cuento «Maestro y Servidor» cuando el servidor Nikita, un campesino sencillo, se encuentra con la muerte a la cual, igual que Guerásim, no teme por considerarla algo natural y confiar en la existencia de Dios. Muere seguro y tranquilo. Pero Tolstoi desnuda su inseguridad en sus propios principios al terminar el cuento con la siguiente frase: «¿Está mejor o peor en el sitio en que despertó después de esto, su verdadera muerte? ¿Se decepcionó o encontró allí lo que esperaba? Eso todos lo sabremos pronto.»¹⁸

¹⁸ TOLSTOI, León. «*Master and Man and Other Stories*». Penguin Books, London, 1977. p. 126. «*Is he better or worse off in this place where he awoke after this, his actual death? Was he dissapointed, or did he there find what he had expected? That we shall all soon know.*»